SOMBRAS EN LA CATEDRAL

por Pablo G. Cortés

Sin duda —se decía— todo estaba en orden. No había nada que temer. Se trataba, simplemente, de un estúpido suceso del que después se reiría. Pero aquel frío, aquel silencio, aquellas sombras...

La catedral estaba prácticamente desierta. Sus reducidas dimensiones permitían abarcar de una sola ojeada las tres naves separadas por gráciles columnas. Las laterales aparecían hermosamente despojadas. La central, por el contrario, daba asiento a dos hileras de bancos en los que dos o tres personas, acurrucadas en la penumbra del atardecer, rezaban silenciosamente.

Recorrí lentamente las naves laterales entrando en las capillas cuyo acceso no obstaculizaba reja alguna. Hollé con mis pisadas las lápidas sepulcrales que pavimentaban el suelo y traté de leer las inscripciones, casi indescifrables ya por el continuo paso de varias generaciones de fieles. Contuve mis deseos de hacer alguna fotografía temiendo que el relámpago del «flash» distrajera a los ya escasos devotos y, a la espera de encontrarme solo me senté en uno de los bancos desde donde podía contemplar perfectamente el artístico retablo a espaldas del altar mayor.

Me desperté aterido. La oscuridad reinante me hizo suponer que había transcurrido largo rato desde que me invadiera el sueño. Me puse en pie y aguardé unos instantes para que mis ojos se acomodaran a la casi total ausencia de luz. Poco a poco, las siluetas de las cosas fueron haciéndose visibles. Una lamparilla cuya luz oscilaba a impulsos de alguna corriente de aire me indicó la dirección del altar mayor. Traté de ver la hora en mi reloj de pulsera, pero me detuve al escuchar unas campanadas procedentes sin duda de la torre de la catedral. El sonido descendía a raudales desde lo alto, se amplificaba en las bóvedas y se derramaba sobre mí como una aplastante catarata metálica. Conté once campanadas. Inmediatamente, aproximando todo lo posible el reloj hacia mis ojos, corroboré asombrado que eran las once de la noche. Había permanecido dormido cerca de cuatro

horas. El agotamiento producido por dos días de callejear incesantemente por la ciudad, el silencio y la frescura del templo habían propiciado un sueño tan prolongado.

Supuse inmediatamente que me hallaba encerrado en la catedral El encargado de hacerlo había cerrado las puertas a la hora acostumbrada y no había reparado en mí, que, profundamente dormido, y oculto por la sombra de alguna columna había permanecido ajeno a los ruidos que sin duda tenían que haber ocasionado las monumentales puertas.

Al instante me sentí inmerso en una clásica situación propia de un relato de terror, aunque, lejos de asustarme, sonreí para mis adentros satisfecho en cierto modo de tener una aventura más que contar a mi regreso de vacaciones. Con toda probabilidad las puertas se hallaban herméticamente clausuradas, las ventanas provistas de vidrieras, y el edificio de la catedral lo suficientemente aislado como para que mis llamadas de auxilio, si es que me decidía a emitirlas, no fueran escuchadas por nadie. Por otra parte, dado que me hallaba casi al límite de mis recursos económicos, y puesto que había decidido pasar la noche en la sala de espera de la estación de ferrocarril la situación no había variado en gran manera. Podría esperar el amanecer confortablemente acostado en uno de aquellos bancos y gozando de un silencio que difícilmente me hubiera proporcionado el incesante ir y venir de los trenes. La única incomodidad era el frío reinante en aquel umbrío ámbito, pero ya se me ocurriría algún modo de solucionarlo.

Transcurridos unos minutos me puse en pie. Inspeccioné los alrededores todo lo cuidadosamente que la escasa claridad me permitía y me dirigí hacia la parte trasera del templo teniendo buen cuidado de rozar con la mano el respaldo de los bancos a fin de localizar después el sitio en donde había dejado la mochila.

Al llegar al último de los asientos vacilé un momento. Entre el lugar en que yo me encontraba y el muro, se extendía un espacio vacío, al final del cual se perfilaba borrosamente la silueta de una gran puerta. Extendí las manos por delante a la manera de un sonámbulo e inicié la travesía sintiendo bajo mis pies las irregularidades producidas por los desgastados relieves de las losas sepulcrales. Poco después arribaba al pie del muro y caminé unos pasos pegado a él hasta que mis manos tomaron contacto con los ásperos entrepaños de madera. Forcejeé un momento con una barra metálica dispuesta a modo de tirador, hasta que me convencí de que mis suposiciones se correspondían con la realidad: las puertas se hallaban herméticamente cerradas.

De nuevo junto a los bancos, fui contándolos y, al llegar al número ocho, tanteé en busca de la mochila. AL no localizarla, recorrí el banco posterior y el que antecedía a aquel en que creía haberla dejado.

Conté otra vez los bancos a partir del último y nuevamente mi búsqueda resultó infructuosa. Estaba seguro de que había tanteado ocho respaldos en mi retroceso hacia la puerta, pero en las proximidades de donde ahora me hallaba no se vislumbraba ningún bulto que pudiera corresponder a mi mochila.

Suponiendo que quizá la había dejado en una posición inestable, me agaché para inspeccionar la parte correspondiente al reclinatorio. Pasé después al banco siguiente para hacer lo propio y luego a otros de alrededor, de manera que, al poco, me hallaba completamente desorientado y confuso. Sentado en el lugar en que creía haberme quedado dormido, aguzaba la vista tratando de penetrar las tinieblas. A lo lejos brillaba débilmente la lamparilla de aceite junto al sagrario del altar mayor. Por un momento estuve tentado de dirigirme hacia el ara y tomar aquella pequeña luz a fin de auxiliarme, pero un cierto sentimiento de respeto me retrajo.

Finalmente, enumerándolos en voz alta, volví a contar los bancos a partir del final. Al llegar al que hacía el número ocho vislumbré un bulto al extremo del asiento. La mochila se encontraba en el lugar en que yo la había dejado. Confuso y ligeramente nervioso, concluí que tan sólo una obnubilación pasajera me había impedido localizar lo que, obviamente, había permanecido donde yo lo depositara. No obstante lo cual, cierta intranquilidad, que al instante intenté disipar, hizo presa en mi espíritu.

Pensé que lo más oportuno era tratar de conciliar el sueño y me tendí sobre el banco cuan largo era, pero a los cinco minutos comprendí que el frío, que cada vez era más intenso, me impediría dormir, o en el mejor de los casos, si lo lograba, atraparía un enfriamiento considerable.

En la mochila no llevaba más que un jersey, que con toda seguridad no bastaría para protegerme de la baja temperatura reinante. Se me ocurrió la idea de que quizá en la sacristía, si conseguí localizarla y se encontraba abierta, podría encontrar alguna prenda con la que resguardarme.

Al levantarme con la intención de buscar aquella dependencia, lo hice con tal impulso que desplacé el banco de lugar y a punto estuve de perder el equilibrio. Las patas del asiento se deslizaron sobre la rugosa superficie de las losas que cubrían el suelo y un agónico chirrido se elevó hasta las bóvedas donde se extendió en múltiples ecos por todo el ámbito de la catedral.

Me maldije al instante por aquella torpeza, y procurando hacer el menor ruido, traté de situar el banco en su posición original. Al hacerlo, me sorprendí a mí mismo obrando del mismo modo que un ladrón que no desea ser descubierto, o como quien se afana por actuar silenciosamente para no despertar a los que duermen.

Caminé lentamente guiándome por el respaldo de los bancos, y cerca ya del altar mayor percibí que otra pequeña lámpara lucía tenuemente en una de las capillas laterales. Como había imaginado a mi derecha se vislumbraba una pequeña puerta que sin duda correspondía las dependencias auxiliares de la catedral.

Apoyando la mano en el pomo metálico, lo hice girar temeroso de que estuviera cerrada con llave, pero, apenas presioné ligeramente con el hombro sobre la madera, se abrió silenciosamente. En la sacristía reinaba una oscuridad total, y, suponiendo que aquella dependencia debía de estar dotada de iluminación artificial, mi mano recorrió el sector de pared cercano al marco de la puerta en busca de un interruptor.

Un segundo después, mis dedos tropezaron con algo viscoso y hormigueante. Una araña de considerables dimensiones saltó hasta mi brazo con la intención de introducirse bajo la manga de mi camisa. Aterrorizado, sacudí violentamente el brazo, pero el insecto fue más rápido que yo y consiguió llegar hasta la altura de mi hombro, deslizándose bajo la tela. Propinándome un nervioso puñetazo aplasté el arácnido, que quedó reducido a una pulpa fría y palpitante, y de inmediato me despojé de la camisa. Un círculo blanco me indicó dónde se hallaba el interruptor, que pulsé repetidas veces sin resultado.

Dispuesto a no ser nuevamente sorprendido por repugnantes insectos, que sin duda aprovechaban las horas nocturnas para pasear a su antojo por los húmedos muros, fui aproximándome al altar mayor. Cuando arrebaté la lamparilla de aceite del lugar en que se hallaba sentí como si hubiera cometido una profanación, y experimenté la sensación de que había sustraído la vigilante lucecilla que con su débil resplandor tiene la misión de ahuyentar inquietantes presencias de los alrededores del sagrario.

Con ella en las manos, avancé hacia la sacristía lentamente protegiéndola de la corriente de aire que mis movimientos provocaban. Sobre los muros de la iglesia danzaban sombras fantasmales que se retorcían atormentadas a mi paso.

Al traspasar el umbral de la sacristía me quedé petrificado por el espanto. Un momento antes de que la lamparilla cayera de mis manos haciéndose añicos contra el suelo, pude contemplar tres hieráticas figuras que, decapitadas, y con largas vestiduras, se hallaban inmóviles frente a mí.

La súbita oscuridad en que me vi inmerso fue lo único que me impidió emprender una loca carrera. De haberlo hecho, me hubiera estrellado con toda probabilidad contra alguna de las paredes. Y fue precisamente en aquella actitud cuando, al poco rato, vislumbré de nuevo borrosamente las tres siluetas que me habían asustado: se trataba de tres maniquíes encerrados en una urna de cristal, como en seguida comprendí, cubiertos con antiguas y ricas vestiduras sacerdotales. Lo que mi exaltada imaginación había tomado por fantasmas decapitados no eran sino parte de alguna exposición instalada en la sacristía del templo.

Afortunadamente, sobre las grandes cómodas de roble, había varios candelabros provistos de velas. Tomé uno de ellos, y casi a tientas, me dirigí hacia una de las capillas laterales, en cuyo altar brillaba tenuemente la lamparilla del sagrario. Encendí las velas, no si algunas dificultades, y, levantando el candelabro por encima de mi cabeza a fin de que la cercanía de la luz no me deslumbrara, inspeccioné someramente la capilla.

La talla de un santo que no conseguí identificar presidía el altar. Junto a los muros laterales, dos grandes sepulcros en piedra constituían el único amueblamiento del reducido ámbito. Ningún banco ni reclinatorio perturbaba el aire de simplicidad de la capilla. El piso, como en todo el resto del templo, estaba cubierto por grandes losas correspondientes a antiguos enterramientos.

De pronto, un crujido me sobresaltó. No supe de dónde provenía ni qué lo había causado. Por mi imaginación pasaron velozmente una considerable cantidad de explicaciones razonables: la madera de los bancos, una corriente de aires, el rozar del ala de algún ave nocturna contra el cristal de las vidrieras. Una urgente necesidad de corroborar que todo estaba en orden me impelió a abandonar la capilla y volver a l lugar donde me había quedado dormido por la tarde.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo cuando, como había inconscientemente supuesto, no pude hallar ni rastro de la mochila. Reflexioné un instante y deduje en consecuencia que en ningún momento había tocado el saco de mis pertenencias.

Elevando el candelabro, me aseguré de que me encontraba junto al banco que hacía el número ocho a partir del final. Busqué por los alrededores, pero todo resultó inútil.

En aquel preciso instante creí escuchar un bisbiseo procedente del coro. Un apagado murmullo descendía de la parte alta del templo, allí donde se encontraba el órgano y llegaba hasta mis oídos como el eco de una conversación en voz baja.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté.

El sonido de mi propia voz me asustó. Mis palabras, amplificadas por el espacioso ámbito, fueron devueltas desde las altas bóvedas y multiplicadas por el eco. Cuando las últimas resonancias se apagaron no volví a oír más aquel murmullo.

Sacando fuerzas de flaqueza, empuñé crispadamente el candelabro e inicié la subida por las empinadas escaleras que conducían hasta el coro. Los estrechos escalones de piedra estaban tan desgastados en su parte central que resultaba necesario asirse al pasamanos para no perder el equilibrio. Mil sombras equívocas se desplazaban junto a mí escaleras arriba. En cada recodo me detenía un instante temiendo que, al volverlo, algo que no me atrevía ni siquiera a imaginar se precipitara sobre mí.

De súbito, un formidable estrépito se produjo sin que yo, ocupado como estaba en subir los últimos escalones, pudiera conocer el origen de semejante estruendo. Acuciado por el temor, y dispuesto a enfrentarme con lo desconocido, penetré y constaté que se hallaba por completo desierto.

Asomándome a la balaustrada, extendí sobre el vacío el brazo con el que portaba el candelabro y miré hacia abajo. Sobre las losas que formaban el suelo del templo, inmediatamente a mis pies, se hallaba mi mochila. Por la posición que ocupaba deduje que alguien la había arrojado desde el lugar en que ahora yo me encontraba.

—¿Quién está ahí? —pregunté con voz temblorosa. Pero sólo el eco respondió a mis palabras.

Registré con todo detenimiento la parte alga de la catedral. Miré detrás del órgano, debajo de cada uno de los asientos... ¿Cómo había llegado hasta allí la mochila, y quién la había arrojado por encima de la balaustrada?... En la iglesia no parecía haber alma viviente; el coro no tenía más salida que la escalera por donde yo había subido.

Una vez que hube descendido me aproximé a la mochila y la así por las correas al tiempo que sostenía el candelabro con la otra mano. A punto estuve de exclamar: «¡Salga quien sea!», pero un resto de prudencia ante lo desconocido me contuvo.

Por primera vez, desde que me despojara de ella en la sacristía, advertí que me hallaba sin camisa. Violentos temblores comenzaron a recorrer mi cuerpo. La temperatura había ido descendiendo gradualmente, pero, absorto en los extraños sucesos que estaban acaeciendo, tan sólo ahora me daba cuenta del frío reinante en el interior de la catedral.

Después de abrir la mochila y vestir el jersey volví nuevamente a la sacristía, teniendo buen cuidado de llevar conmigo mis pertenencias. Cerca de la entrada yacía la camisa, que aparté de

mi camino con un gesto de asco. En los cajones de un arcón encontré algunas vestiduras para cubrir los altares y las tomé, no sin cierto remordimiento supersticioso, pensando que podrían servirme de cobertores. Estaba decidido a permanecer el resto de la noche en aquella dependencia, más recogida y menos fría que el resto de la iglesia.

Preparé un improvisado lecho en uno de los bancos y tan sólo lamenté que la puerta de la sacristía no pudiera cerrarse por dentro. La desaparición de la mochila me tenía todavía sumido en un mar de confusiones. ¿Habría sido yo mismo el autor del traslado del saco, o acaso mis nervios me habían jugado una mala pasada?

Me disponía a ocupar el improvisado lecho cuando un agudo sonido llegó hasta mí desde algún rincón de la catedral. Una estremecedora melodía, vacilantemente interpretada, resonó elevándose hasta las bóvedas y se expandió por todo el recinto sagrado.

Con gran precipitación rebusqué entre mis pertenencias y pude comprobar que mi flauta había desaparecido. Ahora ya no me cabía duda de que no me encontraba solo en la iglesia. Algún desaprensivo ladronzuelo, un vagabundo quizás, había quedado encerrado también, voluntariamente acaso, a fin de proporcionarse un techo bajo el cual pasar la noche.

¿Qué es lo que le impulsaba a obrar de aquel modo? ¿Por qué aquel absurdo e inquietante juego? ¿Se trataba de una persona de corta edad, un niño quizá?

Quienquiera que fuese carecía de oído para la música. Las notas arrancadas a la flauta iban componiendo una extraña melodía, interrumpida esporádicamente, que, no obstante, poseía una cierta coherencia intranquilizadora. El desconocido virtuoso parecía esforzarse por interpretar un sonsonete capaz de desquiciar los nervios de la persona más templada.

Apartando improvisadas sábanas, fui acercándome poco a poco a la puerta, que abría sigilosamente. La más elemental precaución hacía aconsejable no apartar el candelabro, cuyas velas estaban ya medianamente consumidas. Por suerte, tal género de luminarias debía de abundar en el lugar en que me hallaba.

Una vez fuera de la sacristía, aguardé unos momentos para que mis ojos se acostumbraran a la penumbra reinante. A través de las más altas vidrieras penetraba un pálido reflejo de la luz de la luna. Mediante aquella difusa claridad, procuré guiarme hacia el lugar de donde parecía surgir la inquietante melopea. Las desquiciadas notas de la flauta me condujeron hacia una de las capillas laterales, aquella misma de cuya lamparilla me había servido para encender el candelabro.

Cuando me encontraba a medio camino, cesó la música. Hasta mí llegó un confuso murmullo, un batir alas o un apresurado deslizarse de pies descalzos, no supe distinguir. Penetré en el recinto de la capilla. La tenue claridad de la lamparilla cercana al sagrario fue suficiente: sobre uno de los sepulcros se encontraba la flauta que me había sido sustraída de la mochila.

Tomándola con mano temblorosa, constaté que junto a la embocadura había depositadas unas repugnantes excrecencias que limpié apresuradamente con la sabanilla del altar. Un crujido procedente de algún rincón de la capilla me hizo volverme. En aquel mismo instante, una distorsionada nota musical hirió mis oídos, y escuché un resbalar de piedra sobre piedra, un rechinamiento que erizó mis cabellos.

Me asomé a la nave y deslizándome a lo largo del muro, fui rodeando la iglesia en dirección al lugar de donde surgían los sones de flauta. Poco a poco, la entrecortada melodía me condujo hasta las proximidades de la sacristía. Un trecho antes de la puerta de aquella dependencia, cesó la música. Junto a mi mochila contemplé horrorizado lo que en principio tomé por una flauta, pero que examinada más de cerca no era sino una tibia humana profusamente agujereada.

Súbitamente, una risa sofocada surgió de las cercanías de la puerta. Corrí temerariamente y, en medio de la nave, exclamé:

—¡Quién está ahí!

La respuesta no se hizo esperar esta vez. Desde lo alto del coro descendieron sinuosas las distorsionadas notas de flauta. La melodía aquella tenía algo de llamada al más allá que me aterrorizó.

Corrí como un loco escaleras arriba. Conforme subía los escalones de dos en dos, escuchaba el rechinamiento producido por losas sepulcrales que fueran desplazadas de su sitio. Una sombra se precipitó, voló sobre la balaustrada al entrar yo en el coro. Sobre uno de los bancos contemplé con horror otro largo hueso agujereado a modo de flauta.

—¡Por todos los santos! —murmuré.

Ya iba asomarme sobre la nave central, cuando llegaron hasta mí, desde dos lugares distintos de la iglesia, dos melodías diferentes. Los sones aquellos se entrecruzaron igual que dos serpientes confusamente retorcidas. Un momento después, un tercer instrumento se unió a los dos primeros. En aquel mismo instante, escuché un gran estrépito. Parecía que las lápidas sepulcrales estuvieran desencajándose al conjuro de aquel concierto.

Aterrado y a punto de desvanecerme, fui retrocediendo hacia el fondo del coro. Los chirridos de las losas llenaban el aire de

vibraciones que hacían temblar el cristal de las vidrieras. De súbito, aquella barahúnda cesó, y un silencio tenso reinó durante unos segundos, transcurridos los cuales, fue elevándose desde el suelo de la catedral un difuso murmullo. Al mismo tiempo, llegó hasta mis oídos una sobrenatural y desquiciada melodía emitida por varias flautas a la vez.

Incapaz de asomarme para contemplar lo que estaba sucediendo allá abajo, continué retrocediendo hasta las proximidades del órgano. El murmullo fue haciéndose más intenso, y de pronto comprendí que aquel confuso deslizarse no era sino el rumor de pasos de decenas de seres, cuyo aspecto y naturaleza no me atrevía a imaginar.

Al compás de las notas musicales emitidas por macabras flautas de hueso, aquella para mí invisible procesión fue recorriendo la nave central de la iglesia, y poco más tarde, el sonido de pasos llegó hasta el coro mediante el hueco de las escaleras. Estaban ascendiendo.

Con los ojos desorbitados por el terror, contemplaba fijamente el final de la escalera. Mis manos asían crispadamente las molduras de los asientos del coro. La macabra procesión iba aproximándose lenta, pero inexorablemente, hacia donde yo me encontraba. De mi garganta pugnaba por salir un grito de angustia y de pavor, y, en el último instante, cuando mi corazón desbocado amenazaba con romperse en mil pedazos, cuando la cabeza de aquel infernal desfile estaba ya a punto de ingresar en el coro, retrocedí un poco más, y, perdiendo el equilibrio, fui a caer sobre el teclado del órgano.

Al tiempo que mi boca se abría desmesuradamente, y se desencajaba de una manera atroz, el grito de pánico que había quedado congelado para siempre en mis pulmones surgió a través de los tubos de viento del órgano y se expandió por todos los rincones de la catedral.